

—Y bien, preguntó Javert, dónde está? El prisionero de los bandidos, el señor Blanco, el señor Urbano Fabre, el padre de Ursula ó de la Alondra, habia desaparecido.

Estaba custodiada la puerta, pero no la ventana. El anciano, al verse libre, mientras escribia Javert, aprovechándose de la confusion, del tumulto, de la oscuridad y de un instante en que no se fijaban en él, saltó por la ventana.

Cuando notaron su ausencia, un agente se acercó á la ventana y miró. No se veia nada fuera, pero la cuerda de la escala temblaba todavia.

—Diablo! exclamó Javert entre dientes; el que se ha escapado debia ser el mejor de todos.

XXII.

El niño que lloraba en la segunda parte.

Al dia siguiente de verificarse los acontecimientos que acabamos de narrar en la casucha del boulevard del Hospital, un chico que venia por el lado del puente de Austerlitz subia por la travesía de la derecha en direccion á la puerta de Fontainebleau.

La noche estaba muy oscura. El chico era pálido, flaco; iba harapiento; se cubria con un pantalon de lienzo en el mes de Febrero y cantaba á grito pelado.

En la esquina de la calle del Petit-Banquier, una vieja encorvada, á la luz de un reverbero, rebuscaba en un monton de basura. Al pasar el chico la empujó, y luego retrocedió, exclamando:

—Calla! ¡pues no me habia parecido esta vieja un perro enorme!

Y se rió á carcajadas.

La vieja se enderezó furiosa, gritándole:

—Bribon! pillastre! ¡Si no hubiese estado encorvada hubieras visto dónde te hubiese aplicado la punta del pié!...

El chico se habia alejado, pero continuaba riendo.

—Chucho! chucho! decia. ¡Ya veo que me equivoqué!

La vieja, sofocada de indignacion, se levantó, y el resplandor de la linterna le dió de lleno en la cara, alumbrando su fisonomía angulosa y arrugada y con patas de gallo, que le bajaban casi hasta los ángulos de la boca. Su cuerpo se borbaba en la oscuridad y solo se le distinguia la cabeza. Parecia la máscara de la decrepitud recortada por la claridad en las tinieblas. El chico la miraba con mucha atencion.

—Señora, la dijo, no poseeis la clase de belleza que me gusta. Dicho esto prosiguió su camino, volviendo á cantar:

*Mambrú se fué á la guerra
montado en una perra,
Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá.*

Al llegar aquí de la cancion, dejó de cantar y se paró delante de la casucha números 50 y 52.

Como encontró la puerta cerrada, comenzó á descargar sendos golpes y taconazos resonantes sobre ella, con los zapatos de hombre que calzaban sus piés de niño.

Entre tanto, la vieja que encontró en la esquina de la calle del Petit-Banquier corria tras él, lanzando gritos y haciendo gestos extremados.

—Qué es eso? qué es eso? Gran Dios! Echan abajo la puerta! ¡Están derribando la casa!

Los golpes continuaban y la vieja seguia gritando:

—Así tratan las casas ahora!...

La vieja se paró y conoció al pilluelo.

—Cómo! Eres tú, Lucifer?

—Calla! es la vieja de antes! exclamó el muchacho. Buenas noches, tia Bougon. Vengo á ver á mis padres.

La vieja le respondió con una mueca del orden compuesto, que era una admirable improvisacion del odio, sacando partido de la caducidad y de la fealdad, y que por desgracia se perdió en las tinieblas:

—No hay nadie en la casa, tunante.

—Bah! la replicó el chico, ¿pues dónde está mi padre?

—En la cárcel de la Fuerza.

—Y mi madre?

—En la de San Lázaro.

—Y mis hermanas?

—En las Magdalenas.

El chico se rascó la oreja, miró á la tia Bougon y dijo:

—Ah!...

Luego giró sobre sus talones, y pocos momentos despues la vieja, que se habia quedado en el umbral de la puerta, le oyó cantar con voz clara y juvenil, al alejarse por entre los álamos negros, que hacia estremecer el viento fuerte y frio del invierno, su cancion favorita:

*Mambrú se fué á la guerra
montado en una perra;
Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá,
si vendrá por la Pascua
ó por la Trinidad.*

CUARTA PARTE.

El idilio de la calle Plumet y la epopeya de la calle de San Dionisio.

LIBRO PRIMERO.

Algunas páginas de historia.

I.

Bien cortado.

Los años 1831 y 1832, que siguieron inmediatamente á la revolucion de Julio, constituyen uno de los monumentos más particulares y más notables de la historia. Dichos dos años aparecen como montañas entre los que les preceden y los que van detrás de ellos; son de grandeza revolucionaria y descubren precipicios. Las masas sociales, las filas de piedra del edificio de la civilizacion, el grupo sólido de los intereses superpuestos y adherentes, los perfiles seculares de la antigua formación francesa, aparecen y desaparecen á cada instante al través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías: apariciones y desapariciones que se llaman resistencia y movimiento. Por intervalos se vé brillar entre ellas la verdad, que es la luz del alma humana.

Esta época notable está bastante circunscrita y ya bastante lejos de nosotros para que podamos apreciar bien sus principales líneas, y vamos á intentarlo.

La Restauracion fué una de esas fases intermedias, difíciles de definir, que es-

tán llenas de cansancio, de zumbido, de murmullos, de sueño y de tumulto, y que solo son la llegada de una gran nacion á una etapa, á un punto de descanso. Epocas singulares que engañan á los políticos que tratan de explotarlas. Al principio de ellas la nacion solo desea reposar; su única sed es la paz y su única ambicion ser pequeña: en una palabra, permanecer tranquila, porque conoció que los grandes sucesos, las grandes casualidades, las grandes aventuras y los grandes hombres la hartaron hasta la saciedad, y en ciertas ocasiones cambiaria de buena gana á César por Prusias y á Napoleon por el rey de Ivetot. Cuando ha caminado desde el amanecer, andando larga y fatigosa jornada, haciendo la primera parada al llegar á Mirabeau, la segunda al llegar á Robespierre y la tercera al llegar á Napoleon, el viajero está derrengado y solo desea una cama para descansar.

Imploran y solicitan descanso la fidelidad cansada, el heroismo envejecido, las ambiciones satisfechas y las fortunas adquiridas; y al encontrarle se posesionan de la paz, de la tranquilidad, del ocio, y están contentos. Mientras tanto, surgen ciertos hechos, que se dan á conocer llamando á la puerta cada uno por su parte.

Estos hechos, que salen de la revolucion y de las guerras, existen, viven, tienen derecho á instalarse en la sociedad, y se instalan, y casi siempre los hechos son aposentadores y furrieles que preparan la habitacion para los principios.

Entonces hé aquí lo que observan los filósofos políticos.

Mientras los hombres cansados piden reposo, los hechos consumados piden garantías. Las garantías son para los hechos lo que el reposo es para los hombres; pues esto es lo que Inglaterra pedía á los Estuardos despues del Protectorado, y esto es lo que Francia pedía á los Borbones despues del Imperio.

Dichas garantías son las necesidades de los tiempos y es preciso concederlas. Las otorgan los príncipes, pero las dá en realidad la fuerza de las circunstancias; y está verdad, útil y profunda, la desconocieron los Estuardos en 1562 y la ignoraron los Borbones en 1814.

La familia predestinada que regresó á Francia cuando cayó Napoleon tuvo la inocencia fatal de creer que ella era la que daba, y que podía volver á tomar lo que dió; creía que la casa de Borbon poseía el derecho divino; que Francia nada poseía, pues el derecho político que en Carta reconoció Luis XVIII, solo era una rama del derecho divino que habia cortado la casa de Borbon y que concedía voluntariamente al pueblo, hasta el día que el rey quisiese apoderarse de ella otra vez. Así lo creía, á pesar de que pudieron muy bien los Borbones, por el disgusto que les causaba conceder dicha gracia, conocer que ese dón no disminuaba de ellos.

Los Borbones aparecieron huraños en el siglo diez y nueve y poniendo mala cara á los desahogos de la nacion, y esa mala cara la vió el pueblo. Creyó la casa de Borbon que poseía la fuerza, porque ante ella habia desaparecido el Imperio como una decoracion de teatro, sin conocer que ella habia aparecido del mismo modo; no vió que podía expulsarla la misma mano que expulsó á Napoleon. Creyó que estaba arraigada en el pueblo, porque representaba el pasado, y se equivocó, pues solo representaba una parte del pasado; pero todo lo pasado era Francia. Las raíces profundas y vivas de la sociedad francesa no estaban en los Borbones, sino en la nacion; no constituían el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo, y estaban en todas partes, menos en el trono.

La casa de Borbon era para la Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, pero no el elemento principal de su destino, ni la base necesaria de su política. Podía pasarse sin los Borbones, como se pasó veintidos años; ciertamente habia entonces solucion de continuidad,

pero ellos lo negaban: ¿cómo no habian de negarlo ellos, que creían que Luis XVII reinaba el 9 Thermidor y que Luis XVIII imperaba el día de la batalla de Marengo? Jamás, desde el origen de la historia, hubo príncipes tan ciegos ante los hechos y ante la autoridad divina que éstos contienen y promulgan; jamás la pretension humana, llamada el derecho de los reyes, negó hasta tal extremo el derecho divino.

Este error capital indujo á dicha familia á privar de las garantías otorgadas en 1814 y de las concesiones, como ella las calificaba. Era triste cosa en verdad ver calificar de concesiones las conquistas de la nacion y de usurpaciones á los derechos nacionales.

La Restauracion, cuando juzgó llegada la hora, cuando creyó haber vencido á Bonaparte y haber arraigado en el país, es decir, cuando se creyó fuerte y profunda, tomó bruscamente su partido y se arriesgó á dar un golpe.

Una mañana se levantó y se puso frente á frente de la Francia; con voz altiva le negó el título colectivo y el título individual: negó á la nacion la soberanía y al ciudadano la libertad; ó en otros términos, negó á la nacion lo que la hacia nacion y al ciudadano lo que le hacia ciudadano; porque esa era la esencia de los actos célebres que se conocen con el nombre de los Decretos de Julio.

La Restauracion cayó. Cayó con justicia, aunque debemos confesar que no fué absolutamente hostil á todas las formas del progreso. Hiciéronse algunos adelantos á su sombra.

En la época de la Restauracion la nacion llegó á acostumbrarse á la discusion tranquila, lo que no pudo lograr en los tiempos de la República, y á la grandeza en la paz, de la que careció durante el Imperio. El espectáculo de la Francia libre y fuerte sirvió de estímulo á los demás pueblos de Europa; la revolucion usaba de la palabra en la época de Robespierre, del cañon en tiempo de Bonaparte; pero en los reinados de Luis XVIII y de Carlos X usó de la palabra y de la inteligencia al mismo tiempo. Cesó el viento y volvió á arder la antorcha, y vióse el espectáculo magnífico, útil y agradable de ver brillar en las serenas cimas la luz del pensamiento.

Vióse trabajar, durante quince años, en plena paz, en medio de la plaza pública, á esos grandes principios, tan antiguos para el pensador y tan nuevos

para el hombre de Estado; el de la igualdad ante la ley y el de la libertad de la conciencia, el de la libertad de la palabra, el de la libertad de la prensa, el de la accesividad de todas las clases á todos los cargos. Esto duró hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilizacion que se quebró en manos de la Providencia.

La caída de los Borbones denota mucha grandeza; no por parte de ellos, sino por parte de la nacion. Dejaron el trono con gravedad, pero sin autoridad; su caída, en medio de la noche, fué como una de esas desapariciones solemnes que dejan sombría emociion en la historia; no dejó en ella ni la calma espectral de Carlos I, ni el rugido de águila de Napoleon. Se fueron y nada más. Depusieron la corona sin conservar la aureola; fueron dignos, pero no augustos, faltando en cierto modo á la majestad de su desgracia. Carlos X, en el viaje á Cherburgo, al hacer cortar una mesa redonda para cuadrarla, hizo ver que cuidaba más de la etiqueta, que peligraba, que de la monarquía, que se derrumbaba. Esta pequeñez entristeció á sus vasallos fieles que apreciaban su persona y á los hombres graves que honraban su raza.

El pueblo estuvo admirable; atacó á la nacion una mañana una especie de insurreccion real, pero aquella se sintió tan poderosa, que ni se encolerizó; se defendió y se contuvo, volviendo las cosas á su lugar, el gobierno á la ley y los Borbones al destierro, y con esto se satisfizo. Quitó al viejo rey Carlos X de bajo el dosel que habia abrigado á Luis XIV y le dejó en tierra con suavidad; solo tocó á las personas reales con tristeza y con precaucion. Esto no lo hizo un hombre, sino la Francia entera, la Francia vencedora, y en la embriaguez de la victoria, que recordaba y que practicó á los ojos del mundo, estas graves palabras de Guillermo du Vair, vertidas despues de la jornada de las barricadas: "Es muy fácil, á los que acostumbran á utilizar los favores de los grandes y á saltar como un pájaro de rama en rama de una situacion aflictiva á otra floreciente, manifestarse atrevidos contra sus príncipes en la adversidad; pero para mí siempre será venerable la suerte de mis reyes, sobre todo si son desgraciados."

La caída de los Borbones inspiró respeto, pero no sentimiento. Su desgracia fué superior á ellos. Desaparecieron en el horizonte.

La revolucion de Julio tuvo inmedia-

tamente amigos y enemigos en todas partes. Unos se entregaron á ella con alegría y con entusiasmo y otros le volvieron las espaldas; cada cual obró segun su naturaleza. Los príncipes de Europa, en el primer momento, como buhos en aquella aurora, cerraron los ojos, heridos y estupefactos, y solo los abrieron para amenazar, por un temor que se comprende y con una cólera que se disculpa.

Aquella extraña revolucion solo fué un choque que no hizo el honor al realismo de tratarle como enemigo, ni el de verter su sangre. Para los gobiernos despóticos, que están interesados en que la libertad se calumnie á sí misma, la revolucion de Julio cometió la falta de aparecer formidable y de ser tranquila. Por otra parte, nada se intentó ni se maquinó contra ella. La saludaban los más descontentos, los más irritados y los que más la temían. Cualesquiera que sean nuestro egoismo y nuestros rencores, nos inspiran misterioso respeto los sucesos que descubren la colaboracion de alguno que trabaja desde sitio más elevado que el hombre.

La revolucion de Julio es el triunfo del derecho que derroca al hecho; acontecimiento esplendente. De este acontecimiento proviene el esplendor de la revolucion de 1830 y tambien su mansedumbre: cuando triunfa el derecho no necesita ser violento.

El derecho es lo justo y lo verdadero.

El carácter del derecho es permanecer eternamente bello y puro. El hecho, cuando más necesario es en la apariencia, cuando mejor lo aceptan los contemporáneos, si solo existe como hecho, si no encierra ni una partícula de derecho, está destinado á ser infaliblemente, con el transcurso del tiempo, deforme, inmundado, quizás monstruoso. Si se quiere conocer hasta qué grado de miseria puede llegar el hecho contemplado á algunos siglos de distancia, mírese á Maquiavelo. Maquiavelo no es un génio del mal, ni un demonio, ni un escritor malvado y miserable; es nada más que un hecho, pero no solo es el hecho europeo, sino que es el hecho del siglo diez y seis. Parece horrible, y lo es, ante la idea moral del siglo diez y nueve.

La lucha del derecho contra el hecho existe desde el principio de las sociedades, y el trabajo de los sábios tiene por objeto terminar este duelo, amalgamar la idea pura á la idea humana y hacer que penetre pacíficamente el derecho en el hecho.

II.

Mal cosido.

El trabajo de los sábios es diferente al trabajo de los hábiles.

La revolucion de 1830 se detuvo muy pronto.

En cuanto llega al puerto la tempestad revolucionaria se calma, y los hábiles se apoderan del buque náufrago.

Los hábiles se han conferido á sí mismos la calificacion de hombres de Estado, si bien la frase hombre de Estado ha concluido por sonar como una palabra en caló. Hay que tener presente que donde no hay más que habilidad existe pequeñez; es decir, que hábiles equivale á decir medianías, como decir hombres de Estado equivale algunas veces á decir traidores.

Si hemos de creer á los hábiles, revoluciones como la de Julio son arterias cortadas que es preciso ligar pronto. Extremécese el derecho cuando se proclama en toda su grandeza, y una vez afirmado es necesario afirmar el Estado; despues que se asegura la libertad debe pensarse en el poder.

Hasta aquí los sábios no se separan aun de los hábiles, pero principian á desconfiar de ellos. Pensar en el poder, bien; pero ante todo, qué es el poder? ¿de dónde procede?

Los hábiles aparentan no comprender esta objeccion y continúan su maniobra. Segun dichos políticos, ingeniosos para cubrir las ficciones, de las que se aprovechan con la máscara de la necesidad, lo primero que le hace falta al pueblo despues de una revolucion, cuando el pueblo forma parte de un continente monárquico, es proporcionarse una dinastía. De este modo, dicen ellos, puede alcanzarse la paz despues de la revolucion; es decir, tener el tiempo necesario para curar sus heridas y reparar su casa. La dinastía oculta los andamios y tapa los hospitales de sangre. Pero no siempre es fácil encontrar una dinastía.

En todo rigor basta tener á la mano un hombre de génio ó un hombre afortunado para proclamarle rey; en el primer caso resulta un Bonaparte y en el segundo un Itúrbide; pero para fundar una dinastía no basta una familia cualquiera. Debe dar carácter augusto necesariamente á una raza cierta cantidad de antigüedad, porque las arrugas que causan los siglos no se improvisan.

Colocándonos bajo el punto de vista de "los hombres de Estado", y hechas todas las reservas convenientes, preguntamos: despues de la revolucion, ¿qué cualidades debe tener el rey que de ella salga? Puede ser y es útil que sea revolucionario, es decir, participe personal de la revolucion, por haber puesto en ella la mano ó por haberse comprometido ó distinguido en ella de algun modo.

Qué cualidades debe tener la dinastía? Debe ser nacional, es decir, revolucionaria desde cierta distancia; no por sus actos consumados, sino por las ideas aceptadas; debe participar de lo pasado y ser histórica, y participar del porvenir y ser simpática.

Todo esto explica por qué las primeras revoluciones se contentan con encontrar un hombre, llámase Cromwell ó Napoleon, y desean absolutamente encontrar una familia, como la casa de Brunswick ó la casa de Orleans.

Las familias reales se parecen á las higueras de la India, cuyas ramas se encorvan hasta la tierra, echando en ella raices, que se convierten en nuevos troncos. Cada rama puede ser una dinastía, con la exclusiva condicion de bajarse hasta el pueblo. Esta es la teoría de los hábiles.

Este es, pues, su arte sublime: hacer que un acontecimiento suene algo á catástrofe, con la idea de que tiemblen tambien los que se aprovechan de él; sazonar con algo de miedo un paso de hecho, aumentar la curva de la transicion hasta el retardamiento del progreso; endulzar la obra; denunciar y disminuir las molestias del entusiasmo; cortar los ángulos y las uñas; acolchar el triunfo; arropar el derecho; envolver al gigante-pueblo con mantas de bayeta y meterle en cama en seguida; imponer dieta á su exceso de salud; tratar á Hércules como á un convaleciente; ofrecer á los espíritus sedientos del ideal el néctar mezclado con tisana; tomar precauciones contra el éxito demasiado grande y poner una pantalla á la lámpara de la revolucion.

En 1830 se practicó esta teoría, que ya se aplicó en Inglaterra en 1688. La revolucion de 1830 fué detenida en la mitad de la playa; un progreso á medias, un casi derecho. Pero la lógica no conoce el *casi*, como el sol ignora que haya bujías.

—¿Quién detuvo la revolucion en la mitad de la playa? La mesocracia. ¿Por

qué? Porque mesocracia significa interés satisfecho. Ayer fué apetito, hoy es plenitud y mañana será saciedad.

El fenómeno que se verificó despues de Napoleon en 1814 se reprodujo en 1830, despues de Carlos X.

Se ha querido hacer una clase de la mesocracia y esto es un error. La mesocracia solo la constituye la parte satisfecha del pueblo: el individuo de esta mal llamada clase es el hombre que ha conseguido ya tener tiempo para sentarse; pero una silla no es una casta. Por querer sentarse demasiado pronto se puede detener la marcha del género humano, y ésta ha sido casi siempre la falta de la clase media.

No constituye clase el cómeter una falta. El egoismo no es una de las divisiones del orden social.

Por lo demás, debemos ser justos hasta con el egoismo; no era á la inercia el estado á que aspiraba, despues de la conmocion de 1830, la parte de la nacion de que nos estamos ocupando; no era á la inercia, que se complica con la indiferencia y con la pereza, y es algo vergonzosa; no era á la soñolencia, que supone olvido momentáneo; era á una parada, á un alto.

Hacer alto es frase que tiene doble, singular y casi contradictorio sentido: tropa en marcha, quiere decir movimiento, y en ella *alto* quiere decir reposo. *Hacer alto* es tambien reparar las fuerzas; es el reposo armado y despierto; es el hecho consumado que pone centinelas y se mantiene en guardia. El alto supone combate ayer y combate mañana.

Este es el intervalo entre 1830 y 1848.

Lo que acabamos de llamar combate puede llamarse progreso.

Necesitaban, pues, la clase media y los hombres de Estado un hombre que representase la palabra ¡Alto! Atrás y Adelante: una individualidad compuesta que significase revolucion y estabilidad; ó en otros términos, que consolidase lo presente, haciendo compatibles el pasado con el porvenir.

Encontraron á la mano á dicho hombre. Se llamaba Luis Felipe de Orleans.

Doscientos veintiun votos proclamaron rey á Luis Felipe; Laffayette se encargó de su consagracion, y llamó á la nueva monarquía *la mejor de las repúblicas*. La Casa del Ayuntamiento de Paris reemplazó á la Catedral de Reims.

La sustitucion de un semitrono á un trono completo fué la obra de 1830.

Cuando la terminaron los hábiles, apareció en ella el vicio inmenso de su solucion: todo lo hicieron fuera del derecho absoluto, y el derecho absoluto gritó: Protesto! y despues, acontecimiento formidable, se sumergió en las tinieblas.

III.

Luis Felipe.

Las revoluciones tienen el brazo terrible y la mano afortunada, hieren fuerte y escogen bien. Aunque sean incompletas, bastardeadas y prematuras, aunque se sofoquen y se reduzcan al estado de revolucion menor de edad, como la de 1830, les queda casi siempre la lucidez providencial para sucumbir bien. Su eclipse no es una abdicacion. No nos gloriemos demasiado de esto, sin embargo, porque tambien se engañan las revoluciones y se equivocan á veces.

Volvamos á 1830, que acertó en su extravío. Cuando se estableció lo que se llamó el orden despues de dicha revolucion, el rey valia más que el realismo: Luis Felipe era un hombre raro.

Hijo del hombre al que la historia juzgará quizás con circunstancias atenuantes y tan digno de aprecio como su padre lo fué de censura, poseia todas las virtudes privadas y algunas públicas: era cuidadoso de su salud, de sus bienes, de su persona, de sus negocios; conocia el valor de un minuto y no siempre el de un año; era sóbrio, sereno, pacífico, sufrido; buen hombre y buen príncipe. Se acostaba con su mujer y tenia en el palacio lacayos que se encargaban de enseñar á los ciudadanos el lecho conyugal, lo que era hábil despues de la antigua é ilegítima ostentacion de los reyes de la rama mayor. Sabia todas las lenguas de Europa, y lo más notable es que conocia y hablaba el idioma de todos los intereses. Era el admirable representante de la clase media, superior y avanzado á ella, poseyendo el singular talento de medirse por su valor intrínseco, sin dejar de apreciar la sangre de su familia; en cuanto á la cuestion de raza, supo ser Orleans y no Borbon, primer príncipe de la sangre mientras fué alteza serenísima, pero franco ciudadano desde el día en que fué majestad. Era difuso en público y conciso en la intimidad: le acusaron de avaro, pero sin pruebas; en realidad era económico: era literato y poco sensible á las letras; noble y no caballeresco; sencillo, tranquilo y fuerte; le adoraban su

familia y sus familiares; seducía su conversacion; era hombre de Estado desengañado, frío, y le dominaba el interés inmediato; incapaz de rencor ni de agradecimiento; gastaba sin compasión á los talentos superiores en cosas mediocres; muy hábil para vencer, por medio de las mayorías parlamentarias, á las unanimidades misteriosas que gruñen sordamente bajo los tronos; era expansivo y algunas veces imprudente en sus expansiones, pero de maravillosa destreza en sus imprudencias, fértil en expedientes, en fisonomías, en máscaras; hacia miedo á Francia con la Europa y á la Europa con la Francia; amaba á su país, pero mucho más á su familia; tenía en más aprecio la dominación que la autoridad y á la autoridad en más que á la dignidad; era minucioso, correcto, atento, sagaz, infatigable. Poseía todas las formas de la intrepidez personal; la probó como general en Valmy, como soldado en Jemmapes; la probó ocho veces el regicidio, que le encontró con la sonrisa en los labios; era valiente como un granadero, animoso como un pensador; solo le inquietaba el éxito de una conmoción europea; era impropio para las grandes aventuras políticas; siempre estaba dispuesto á sacrificar su vida, pero no su obra política; encubría su voluntad con la influencia, con el objeto de que le obedeciesen más por ser inteligente que por ser rey; estaba dotado de observación, pero no de adivinación; conocía poco los talentos, pero mucho á los hombres; esto es, necesitaba ver para juzgar; su juicio era rápido y penetrante, su palabra fácil, su memoria prodigiosa, y el evocarla con frecuencia era el único punto de semejanza que tenía con César, Alejandro y Napoleón. Sabía los hechos, los detalles, las fechas, los nombres propios, é ignoraba las tendencias, las pasiones, los talentos no vulgares, las aspiraciones interiores; en una palabra, todo lo que puede llamarse las corrientes invisibles de las conciencias. Le aceptaba Francia por la superficie, aunque estaba algo discorde con él por el interior; pero salía adelante con su habilidad, gobernando demasiado y no reinando bastante, siendo su propio primer ministro; era excelente para convertir la pequeñez de las realidades en obstáculo á la inmensidad de las ideas y mezclaba con verdadera facultad creadora de civilización, de orden y de organización, espíritu extraño de procedimientos y de sutileza; era fundador y procurador de una dinastía; te-

nia algo de Carlo-Magno y algo de curial; era una figura grande y original; un príncipe que supo consolidar el poder, á pesar de la inquietud de la Francia, y adquirir fuerza á pesar de los celos de la Europa. Luis Felipe debe colocarse entre los hombres eminentes de su siglo; y se le colocaría entre los hombres de gobierno más ilustres de la historia, si le hubiese gustado la gloria, si hubiera conocido el sentimiento de lo grande como conoció el sentimiento de lo útil.

Luis Felipe cuando joven poseía hermosa fisonomía; siendo viejo era agradable y simpático. Si la Francia no siempre le acogió bien, en cambio le quería la multitud, á la que agradaba, porque poseía el dón de la seducción. La majestad no le sentaba bien; era rey y no llevaba corona; era anciano y no tenía el cabello blanco. Sus modales eran los del antiguo régimen, pero sus costumbres eran modernas: era Luis Felipe el conjunto de noble y de ciudadano que convenia á Francia en 1830; era la transición reinante: conservaba la antigua pronunciación y la antigua ortografía, que ponía al servicio de las opiniones modernas. Llevaba el uniforme de la Guardia nacional, como Carlos X, y el cordón de la Legión de Honor, como Napoleón.

Iba poco á la iglesia y nunca á la caza ni á la Opera. Era incorruptible con los sacristanes, con los perreros y con las bailarinas, lo que le daba cierta popularidad entre la clase media. No tenía corte; salía de casa con el paraguas bajo el brazo, y el paraguas fué para él, durante mucho tiempo, parte de su aureola. Sabía algo de albañilería, de jardinería y de medicina; sangró á un postillon que se cayó del caballo, pues siempre llevaba consigo la lanceta, como Enrique III el puñal. Los realistas se burlaban de este rey ridículo, que fué el único que hizo derramar sangre para curar.

De lo que la historia reprocha á Luis Felipe hay algo que descontar. Estos reproches son de tres clases: el que acusa al realismo, el que acusa al reinado y el que acusa al rey. Son hechos del realismo: la confiscación del derecho democrático, mirar el progreso como cosa de interés secundario, reprimir con violencia las protestas en las calles, la ejecución militar en las insurrecciones, penar el motin por las armas, por los Consejos de guerra, y que absorbiese el país legal al país real. Son hechos del reinado: rechazar á Bélgica, conquistar bárbara-

mente la Argelia, como los ingleses la India; no tener fé en Abd-el-Kader, Blaye, la compra de Deutz y el pago de Pritchard. Finalmente, es el hecho del monarca: seguir una política más familiar que nacional.

Como es fácil de comprender, verificando el descuento se disminuye el cargo del rey.

Su gran falta consistió en haber sido demasiado modesto en nombre de la Francia. De dónde provino esta falta? Vamos á decirlo.

Luis Felipe fué un rey demasiado padre, y la incubación de una familia que quiere constituir dinastía se asusta de todo y no se aventura á nada, y de aquí nació la timidez excesiva é inoportuna para un pueblo que ostenta su 14 de Julio en su tradición civil y un Austerlitz en su tradición militar.

Por otra parte, si prescindimos de los poderes públicos, que deben cumplirse antes que todos, era merecida la profunda ternura que Luis Felipe profesaba á su familia. Su grupo doméstico era admirable; en él se hermanaban las virtudes con el talento. Una de las hijas de Luis Felipe, María de Orleans, lograba inscribir entre los artistas el nombre de su raza, y Carlos de Orleans lo inscribía entre los poetas, haciendo de su alma un mármol, al que llamó Juana de Arco. Dos de los hijos de Luis Felipe arrancaron á Metternich este elogio demagógico: *Son jóvenes como hay muy pocos y príncipes como no hay ninguno*. Este es, sin disimular nada, pero sin agravarlo tampoco, el retrato verdadero de Luis Felipe.

Su fortuna en 1830 dimanó de ser príncipe Igualdad, esto es, en llevar en sí mismo la contradicción de la Restauración y de la Revolución; en poseer el aspecto inquieto del revolucionario, que se convierte en tranquilizador en el gobernante. Jamás apareció otro hombre que se prestase tan bien á un acontecimiento; sus dos aspectos se fundieron y se hizo la encarnación. Luis Felipe es el año 1830 hecho hombre. Para sentarse en el trono tenía, además, el gran precedente del destierro. Estuvo proscripto, errante, y vivió pobre, vivió de su trabajo. En Suiza, el futuro heredero de los dominios más ricos de Francia tuvo que vender un caballo para poder comer; en Riehenau dió lecciones de matemáticas mientras su hermana Adelaida bordaba y cosía. Semejantes recuerdos en un rey entusiasman á la clase media. Demostró con sus propias manos la última jau-

la de hierro del monte de San Miguel, que construyó Luis XI y que aun utilizó Luis XV; era compañero de Dumouriez y amigo de Laffayette; perteneció al club de los Jacobinos; Mirabeau le daba golpecitos en el hombro; Danton le había dicho: Bravo joven! En 1793, cuando tenía veinticuatro años, siendo duque de Chartres, asistió, en el fondo de una oscura tribuna de la Convención, al proceso de Luis XVI, bien calificado de *ese pobre tirano*.

La huella que dejó la revolución en Luis Felipe era prodigiosa; su recuerdo era para él la marca viva de aquellos años, minuto por minuto.

Luis Felipe fué un rey á la luz del día. En su reinado la prensa, la tribuna, la conciencia y la palabra fueron libres. Las leyes de Setiembre eran lúcidas; pero aunque conocía el poder desgastador de la luz sobre los privilegios, dejó el trono expuesto á la luz. Cuando le juzgue la historia le tomará en cuenta esta lealtad.

Luis Felipe, como todos los personajes históricos que salieron ya de la escena, está sujeto al juicio de la conciencia humana, pero su proceso está aun en primera instancia.

No ha sonado aun para él la hora en que la historia habla con acento venerable y libre; no ha llegado el momento de pronunciar sobre él el juicio definitivo; hasta el austero é ilustre historiador Luis Blanc ha modificado hoy su primer veredicto. Eligieron á Luis Felipe los dos *semis* que se llaman 221 y 1830; es decir, un semi-parlamento y una semi-revolución; en todo caso solo podíamos juzgarle aquí, como lo estamos haciendo, con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto. A los ojos de lo absoluto, fuera de estos dos derechos, el del hombre primero y el del pueblo después, no existe más que la usurpación. Haciendo estas reservas, podemos decir desde ahora, y reasumiendo, que Luis Felipe, examinado en sí mismo y bajo el punto de vista de la bondad humana, es, sirviéndonos del lenguaje de la historia antigua, uno de los mejores príncipes que se han sentado en el trono.

¿Qué tiene, pues, contra sí dicho monarca? Su trono. Privado á Luis Felipe de la monarquía y quedará en él el hombre; el hombre en él es bueno, y á veces llega á ser admirable.

Con frecuencia en medio de las más graves ocupaciones, después de luchar un día entero contra la diplomacia del

continente, volvía por la noche á su cuarto, y allí, abatido por el cansancio y rendido por el sueño, tomaba un legajo y pasaba la noche revisando un proceso criminal, creyendo que era algo afrentar á la Europa, pero que era aun más importante arrancar un hombre al verdugo. Disputaba con el ministro de Justicia; defendía paso á paso el terreno de la guillotina contra los fiscales generales, contra los *charlatanes de ley*, como él los llamaba. Algunas veces expedientes apilados llenaban su mesa; los examinaba todos, porque era angustioso para él abandonar á los infelices condenados. Un día decía al testigo que hemos citado hace poco:—*Esta noche he ganado siete*. En los primeros años de su reinado estuvo como abolida la pena de muerte, y levantar el patíbulo fué como una violencia que se hizo el rey. Habiendo desaparecido la plaza de la Grève, en donde se ajusticiaba en los tiempos de la rama primogénita, se instituyó una Grève ciudadana, conocida por el nombre de Barrera de Santiago; los "hombres prácticos," se convencieron de la necesidad de tener guillotina legítima, y esto le proporcionó á Casimiro Perier una de sus victorias, como á representante del lado estrecho de la clase media, contra Luis Felipe, que representaba el lado liberal. Luis Felipe anotó por su misma mano á Beccaria, y despues del atentado de Fieschi escribía:—*¡Es lástima que no me haya herido! Le hubiera podido perdonar*. Otra vez escribía á propósito de un condenado político, aludiendo á la resistencia que le oponían sus ministros:—*He concedido su perdón; no me falta más que obtenerlo*. Luis Felipe era afable como Luis IX y bueno como Enrique IV.

En la historia, en la que la bondad es una perla rara para nosotros, el que ha sido bueno se pone delante del que ha sido grande.

Es natural, habiendo juzgado unos severamente y otros con dureza á Luis Felipe, que el hombre que es hoy también un fantasma y que conoció á este rey, se presente á declarar en su favor ante el tribunal de la Historia: esta declaración es cierta y sobre todo desinteresada; el epitafio que escribe un muerto es sincero: una sombra puede consolar á otra sombra; participar de las mismas tinieblas dá derecho á alabar, y no es de temer que se diga nunca de dos tumbas en el destierro: "Esta ha adulado á aquella."

IV.

Grietas en los cimientos.

En el instante en que el drama que vamos narrando vá á penetrar en el espesor de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, era necesario retratar fielmente antes al citado monarca.

Luis Felipe adquirió la autoridad real sin violencia, sin acción directa de parte suya, por un giro revolucionario, indudablemente distinto del fin real de la revolución, pero en el que el duque de Orleans no tuvo iniciativa personal. Había nacido príncipe y se creyó elegido rey. No se dió á sí mismo el poder, no le tomó; se lo ofrecieron y lo aceptó, pero con el convencimiento de que se le ofrecía con arreglo al derecho y que aceptarlo era para él un deber. Por eso tomó posesión de buena fé de la autoridad real. Luego, en conciencia, debemos decir que poseyéndole Luis Felipe de buena fé, y atacando también de buena fé la revolución, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no debe recaer sobre el rey ni sobre la democracia. El choque de principios se parece al choque de elementos: el Océano defiende al agua, el huracán defiende al viento; el rey defiende al realismo, la democracia defiende al pueblo; la sociedad vierte sangre en este conflicto, pero lo que hoy causa sus padecimientos mañana le proporcionará la salud, y en todo caso no debe culparse á los que luchan. Uno de los dos partidos se equivoca indudablemente, porque el derecho no está, como el Coloso de Rodas, sobre dos riberas á la vez, con un pié en el pueblo y otro en el trono; es indivisible; está todo á un lado; pero los que se engañan se equivocan con sinceridad; el ciego no es culpable de no ver, como un vendeano no es un bandido. Imputamos, pues, solo á la fatalidad de las circunstancias esas colisiones terribles. Cualesquiera que sean esas tempestades, entra siempre en ellas la irresponsabilidad humana.

El gobierno de 1830 principió inmediatamente una vida escabrosa: nació ayer y tuvo que combatir hoy. Apenas se instaló, sentía por todas partes vagos movimientos de tracción sobre el aparato de Julio, tan recientemente armado y tan poco sólido.

La resistencia nació al día siguiente; quizás había nacido el día anterior.

Cada mes creció la hostilidad, primero sorda, despues patente.

La revolución de Julio, que no querían aceptar los reyes fuera de Francia, en dicha nación se interpretaba de varias maneras, como ya hemos dicho.

Dios manifiesta á los hombres su voluntad visible en los acontecimientos por medio de un texto oscuro y escrito en lengua misteriosa; los hombres lo traducen en seguida; sus traducciones son rápidas, incorrectas, llenas de faltas, de vacíos y de contrasentidos. Poquísimas son las inteligencias que comprenden la lengua divina. Las más sagaces, las más serenas y las más profundas descifran con lentitud, y cuando terminan de traducir el texto, todo se ha verificado hace tiempo; hay ya veinte traducciones en la plaza pública. De cada traducción nace un partido; de cada contrasentido una facción, y cada partido cree poseer el único texto verdadero y cada facción la verdadera luz.

Muchas veces el poder mismo es una facción. Existen en las revoluciones nadores contra la corriente: estos son los partidos viejos. Los partidos viejos, que creen en el derecho hereditario por la gracia de Dios y que opinan que porque nacen las revoluciones del derecho de insurrección tienen también el derecho de rebelión: esto es un error; porque en las revoluciones el insurrecto no es el pueblo, sino el rey. La revolución es precisamente lo contrario de la insurrección. Siendo, como es, toda revolución verdadera el cumplimiento de una función normal, contiene en sí su legitimidad, legitimidad que algunas veces deshonran los falsos revolucionarios; pero que aunque se deshonre persiste, y aunque se ensangrienta sobrevive. Las revoluciones arrancan, no de un accidente, sino de la necesidad; la revolución no es la vuelta de lo ficticio á lo real; existe porque debe existir.

Los partidos legitimistas atacaron la revolución de 1830 con todas las violencias que produce el falso raciocinio. Los errores son excelentes proyectiles. La hicieron con acierto por su parte vulnerable, por el flaco de su corona, esto es, por su falta de lógica, preguntándola: Si eres revolución, por qué quieres monarquía? Las facciones son ciegos que apuntan bien.

Los republicanos lanzaban el mismo grito, pero en ellos era lógico. Lo que era ceguera en los legitimistas, era lucidez en los demócratas.

La revolución de 1830 para el pueblo hizo bancarrota y la reprendía la democracia indignada.

El establecimiento de Julio resistía al ataque del pasado y al ataque del porvenir; representaba el minuto presente, luchando por una parte con los siglos monárquicos y por otra con el derecho eterno.

En cuanto al exterior, convirtiendo 1830 la revolución en monarquía, se veía obligado á seguir el paso de Europa. Debía conservar la paz, y esto era para él una complicación más. La armonía que se busca equivocadamente es muchas veces más onerosa que la paz. Del sordo conflicto, siempre amordazado, pero siempre amenazador, nació la paz armada, ese ruinoso recurso de la civilización, recelosa de sí misma.

La monarquía de Julio se encabritaba enganchada entre los arcos de los gabinetes europeos. Metternich la hubiera puesto de buena gana en el potro. El progreso la impulsaba en Francia y ella impulsaba en Europa á las monarquías rezagadas. Era remolcada y remolcaba.

Entre tanto, en el interior de Francia se acumulaban sobre la sociedad, oprimiéndola con su terrible peso, las cuestiones del pauperismo, del proletariado, del salario, de la educación, de la penalidad, de la prostitución, del estado de la mujer, de la riqueza, de la miseria, de la producción, del consumo, de la repartición, del cambio, de la moneda, del crédito, del derecho al capital y del derecho al trabajo.

Por el exterior de los partidos políticos aparecía un nuevo movimiento. A la fermentación democrática respondía la fermentación filosófica. La parte alta estaba tan conmovida como la baja, de otro modo, pero tanto.

Los pensadores meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por corrientes revolucionarias, temblaba bajo sus piés con vagas sacudidas epilépticas. Estos pensadores, unos aislados, otros reunidos en familias y casi en conmociones, removían las cuestiones sociales pacífica, pero profundamente; eran mineros que trabajaban tranquilamente sus galerías en las profundidades de un volcán, y apenas los distraían las sordas conmociones y las llamas ocultas que presentían desde lejos. Su tranquilidad es una de las mayores bellezas de aquella época de agitación. Estos hombres dejaban tratar á los partidos políticos la cuestión de los derechos, y se